¡SILENCIO! ¡QUE DESPUES DE UN AÑO DE HEROISMO Y DE SACRIFICIO DEL PROLETARIADO, LOS POLITICOS «VALIENTES» DESPOTRICAN CONTRA LAS «TRIBUS» GLORIOSAS DE JULIO! ¡SILENCIO!

tierra y libertad

Unión, 7 - Teléfono 23658
BARCELONA
Núm. 31
Precio: 20 cts.

¡QUE TODAS LAS MUJERES CONSCIENTES DEL MUNDO SECUNDEN EL MAGNIFICO ESFUERZO DE LAS MUJERES ESPAÑOLAS!

Contribución de la mujer al sostenimiento de la guerra y a la reestructuración económica

LA HORA DEL SACRIFICIO

España misma ignora lo que late y germina en su entraña, desgarrada. El terrible fragor de la lucha que en estos momentos la abate en un torbellino de tragedia, impide todo sutil análisis, todo intento de introspección. No queremos hablar de sus hombres, héroes y mártires. De ellos ya hemos dicho todo lo que podíamos decir en nuestro riquísimo idioma a veces tan pálido, tan mísero, para expresar las grandes cosas en las cuales se sublima el pensamiento.

Hablaremos de sus mujeres. Trataremos de inventar un lenguaje, de combinar una fórmula de comprensión universal que refleje en todos los rincones del mundo, el estupor de nuestros ojos y la emoción de nuestros corazones por lo que hemos visto y sentido en esta España de las sorpresas inauditas.

¡Mujeres de bronce!

Las dulces y tiernas, las piadosas, las sensitivas, las mansas, las laboriosas abejas del hogar y de la fábrica, transformadas de golpe en leonas enfurecidas y ciegas de la vida de sus cachorros.

¡Mujeres españolas que llevaban oculta en el corazón la banderita jubilosa de la Libertad!

Dormía en su sangre dorada por remotos soles desérticos, la altivez brava de una raza habituada a los ríos sin compuertas, a los cielos sin rejas, a los senderos sin vallas.

En su pensamiento, el recodo velado de los supremos amores aguardaba serenamente, a través de los siglos, el momento decisivo del gran sacrificio.

El momento llegó. Secó arrebatos el 19 de julio.

¡Y ellas, las buenas, las santas, abandonaron la cuna y cogieron el fusil!

¡Manos que sólo sabían de trabajo útil y de caricias suaves!

¡Manos de mujeres crispadas sobre las armas! ¡Manos que matan!

¡Ah, los malditos que forjaron su humana misión!

¡Ah, los criminales que obligaron a las madres a sembrar la muerte!

Y sin embargo, en la conciencia clara y rotunda de su monstruosa actitud, estriba su gloria; la mayor, la más cara de todas las glorias.

¡Oh, sí! La Naturaleza asignó a la mujer la misión de crear, de dar vida. ¡Pero la Naturaleza hizo libre al hijo de la mujer!

¿A ver si conseguía a la fiera de que se deje llevar la cría para encerrarla y maltratarla?

¡Ninguna mujer querrá parir un esclavo!

Ese concepto, nebuloso, casi informe que reposa, en general, en lo subconsciente de todas las mujeres, se clavó, de pronto, como un garfio ardiente, en la mente de las mujeres españolas. La libertad es la condición y el fundamento de la vida.

Las mujeres españolas, así lo han sentido y comprendido. Y para asegurar la libertad de las generaciones futuras de todos los pueblos del mundo, abandonaron la cuna y cogieron el fusil.

Que el lacerante dolor que implica tamaña resolución sirva de humillación a los que tanto hablan de la inferioridad de la mujer y de acicate para los bravos luchadores que en los frentes de combate y en los lugares de trabajo caen y se sacrifican por la libertad, guardando en el alma un íntimo sentimiento de gratitud para sus heroicas compañeras.

La mujer productora

Pero las guerras no se sostienen solamente con las armas. Las armas mismas necesitan constantemente su correspondiente alimento, y aun queda la retaguardia con sus múltiples necesidades.

Contra las fuerzas reaccionarias auxiliadas por los disciplinados y potentes ejércitos fascistas italo-alemanes, hubo el pueblo español de oponer una fuerza compacta y homogénea, bien pertrechada y adiestrada. Se creó entonces el Ejército Popular Revolucionario. Como es natural, las mujeres fueron exceptuadas del servicio de las armas. Cumplido el rol que en el primer momento de urgencia, su generoso impulso las llevara a desempeñar, hubieron de comprender que sus funciones podían y debían ser más útiles y eficaces en los puestos de trabajo que los hombres dejaban para marchar al frente.

Entonces, sin parar mientes en sacrificios, olvidando las reivindicaciones sindicales obtenidas tras largas luchas con la burguesía, las mujeres se volcaron en los sindicatos y trabajaron a destajo, sin contar la semanada.

La guerra, más cruel y más larga de lo que se creyó al principio, fué dando a la retaguardia una fisonomía cual genérica.

No nos referimos, no queremos ni ocuparnos de esas mujeres —las menos, por fuerte— que viven aciculadas por la vanidad de lucir vestidos y joyas, de pasear por los lugares más concurridos, de presentarse a determinadas horas en los bares de lujo, etc.

Esas... no son mujeres; son muñecos bonitos, sin sentimientos, sin nada.

Nos confortan y consolidan nuestra fe, las otras; esas que vemos pasar serias y sudorosas arrastrando casi un voluminoso fardo de pantalones o camisas de milicianos, esas que conducen los tranvías y los metros, las que cosen diez o doce horas diarias, las que pasan día y noche en la fábrica preparando material de guerra, las que visten un delantal blanco y llevan una cruz roja en el brazo y los pies llagados; y esas otras que cuidan a los niños refugiados, y las que trabajan en los campos de sol a sol, y las que junto al telar, diligentes y vigilantes, fabrican abrigos para el ejército y para la población civil y también aquellas que, encendidas de pasión, recorren nuestra tierra desparramando al viento las verdades redentoras del noble ideal de libertad y justicia, y todas, todas las que en alguna forma contribuyen al sostenimiento de la guerra y a la estructuración de la nueva economía.

¡Mujeres recién nacidas en el tráfago tremendo de la Europa desquiciada! ¡Mujeres revolucionarias!

De ellas queremos hablar. Para mostrarlas tales como son. Dotadas de un franco temperamento rebelde, de un hondo espíritu de sacrificio, de una rotunda fe en la victoria contra las fuerzas regresivas.

LECCION APROVECHADA

Mientras una acentuada corriente innovadora agitaba el ambiente femenino en casi todos los países de Europa y América; mientras la mujer inglesa, la alemana, la francesa y la americana, ansiosas por invadir el campo de las ciencias, las artes y la política, provocaban una serie de polémicas violentas y se constituían en el blanco certero de las más agrias diatribas y de los más mordaces ataques, la mujer española permanecía en letargo.

Indiferente a todo lo que no fuera la mística credencial del hogar y la iglesia, permanecía impenetrable a las inquietudes de sus congéneres de allende las fronteras nacionales.

Aun la mujer del pueblo, la obrera y mucho más la campesina, vivían cargadas de perjuicios; menos fanática del culto la primera, pero ambas esclavas de un estado mental propicio a todos los renunciamientos, víctima de un misoneísmo aparentemente inexplicable.

Sin ninguna experiencia en las lides políticas ni en las funciones administrativas, la sorprende la República otorgándole el derecho al sufragio electoral.

Su ignorancia la precipitó en el error y arrastró al abismo a la flamante «República de Trabajadores».

Por conservar la religión y la tradición, las mujeres votaron a los enemigos del pueblo, a los secuaces encubiertos y no encubiertos de la derrocada monarquía.

Y triunfó la reacción que la República no supo aplastar para siempre.

Una feroz dictadura, de hecho, sentó sus reales al amparo de las famosas Cortes.

Como en los buenos tiempos de Alfonso, las persecuciones, los encarcelamientos, las torturas y los crímenes comenzaron a ser capítulo diario.

La levadura revolucionaria, sin embargo, comenzó a fermentar y vino octubre, el octubre rojo y negro cuya represión cubrió de ignominia al gobierno de la pseudo república.

Fué necesario tanto dolor y tanta vergüenza para que el milagro se produjera.

¡El clamor de las cárceles repletas, el aullido espeluznante de los torturados, aventó las tinieblas y las mentes de las mujeres se abrieron a la verdad!

Las mismas mujeres que ayer votaron por Gil Robles, hoy se baten, arma en mano, contra los patriotas de cruz en pecho y trabajan sin tregua ni flaquezas por la causa de los oprimidos.

Las mismas mujeres que ayer se arrodillaban ante el confesionario y contemplaban con temeroso respeto los entorchados militares, hoy queman los templos, se burlan de los bolones dorados y acuden en avalancha a los sindicatos, a las fábricas, para colaborar con los hombres en la gran obra de reconstrucción económica, política y social, que ha convertido a España en la brújula del mundo.

Vacuo sería achacarles versatilidad o inconsciencia; mayor torpeza sería no comprender su rectificación.

Con pocos meses de experiencia, han aprendido más las mujeres españolas, que en muchos años de feminismo, las mujeres de otros países.

Precisamente por eso, porque la lección ha sido tan rápida, tan breve y tan violenta, es que con el corazón y con el cerebro han cogido la síntesis, el eje del gran problema.

Que esto no es simplemente una declaración nuestra interesada y parcial, lo demostraremos exponiendo hechos, describiendo episodios probados.

Por una serie de relatos o reportajes obtenidos en todos los lugares de trabajo, demostraremos con datos fidedignos, cuán grande y valiosa es la contribución de las mujeres españolas a la guerra y la Revolución, y cómo ha evolucionado y madurado su espíritu el calor del gran ideal emancipador que constituye el móvil del pueblo en su lucha sangrienta contra el oscurantismo y la opresión.

La mujer española sabe poco de política, pero sabe lo fundamental, lo básico: sabe que España ha sido invadida por los modernos bárbaros de Europa y que ha sonado la hora de que el proletariado rompa sus cadenas, y sabe también que para defender la libertad de aquélla y de éste ha de trabajar sin descanso y afrontar los más cruentos sacrificios.

COMPAÑERO: LEVANTA TU PENSAMIENTO POR ENCIMA DE TUS INSTINTOS Y RECUERDA QUE EL 19 DE JULIO LAS MUJERES OCUPARON UN PUESTO DE LUCHA JUNTO A VOSOTROS, LOS HOMBRES. EL PELIGRO, PRIMERO, Y EL JUBILO DEL TRIUNFO, DESPUES, BORRARON LAS DIFERENCIAS DE SEXOS, DEL MISMO MODO COMO QUE EL «MONO» AZUL HABIA BORRADO LAS DIFERENCIAS EXTERIORES. LO MISMO QUE MUCHOS HOMBRES, MUCHAS MUJERES CAYERON MUERTAS POR LAS BALAS FACCIOSAS; MUCHAS, MUCHISIMAS LUCHAN TODAVIA, SUFREN Y MUEREN POR LA CAUSA DE LA LIBERTAD. LA MUJER ESPAÑOLA ES MAS QUE UNA HEMBRA.

¡NO LO OLVIDES NUNCA, CAMARADA!